

El último día

Fernando Martínez López
2º Accesit categoría senior

Los años también mueren y ya sólo quedan en el recuerdo o en la nostalgia, retratados en forma de almanaque que irá acumulando polvo y decadencia con el tiempo. Es por eso que este 31 de diciembre de 1906 Miguel de Unamuno tiene sentimiento, no de fiesta, sino de finitud, de último día, de algo que se acaba produciendo oquedad en la memoria aunque para él, a sus cuarenta y dos, haya comenzado un proyecto de enorme envergadura, recién nombrado rector de la Universidad de Salamanca. Pero ahora no piensa en eso sino en que el año muere, también allí dentro, en su despacho de la casa rectoral donde reside, rodeado de los claroscuros dibujados por la luz de la lámpara de aceite, acompañado del silencio de las palabras impresas en los cientos de libros que habitan en las baldas, y coge la pluma entintada y escribe, rasga el papel con lirismo bello y profundo sobre la sensación que lo asalta en ese momento como un desvalijador tras la esquina en sombras, sin saber que, en esos versos con los que edifica su poema, hay mucho de vaticinio oculto.

* * *

-¡Yo no lo he matado!

Bartolomé Aragón sacude el aire con voz estentórea proclamando su inocencia. Tiene los ojos fuera de las órbitas, impactados por la muerte súbita de su admirado Miguel de Unamuno. Quién iba a prever semejante desenlace tan sólo unos minutos antes, mientras conversaban acaloradamente junto a la mesa camilla que el exrector tiene en su despacho, en esta casona de la

calle Bordadores. Había dejado caer el mentón sobre el pecho en un aterrizaje suave de su barba algodonosa, como si estuviera meditando, pero su pensamiento se había interrumpido para siempre, y sólo el olor a chamuscado que desprendían las zapatillas de Unamuno al quemarse en el brasero reveló al joven Aragón que había muerto. Y ahora grita a la puerta del despacho para que todos los de la casa lo sepan. Necesita hacerlo, mostrar las palmas de las manos, inocentes, limpias, tan fácil sospechar que él, un falangista, puede haber acabado con la vida del sabio, tan creíble esa posibilidad cuando casi tres meses atrás, el 12 de octubre, varios de sus correligionarios estuvieron a punto de reventarle los sesos con sus pistolas, allí, en el paraninfo de la Universidad de Salamanca.

Los acontecimientos se suceden en avalancha tras la muerte del ínclito hijo adoptivo. Es el último día de 1936, una tarde de calles nevadas y alientos congelados, como ectoplasmas del año que muere. Al cabo, la casa de la calle Bordadores se convierte en punto gravitatorio de atracción ineludible para los salmantinos. Allí están los "hunos" y los "hotros", con hache, como gustaba decir a don Miguel, y en medio de la tormenta se mantiene Bartolomé Aragón con el corazón aún derrapando por la cavidad torácica. No le sorprende que en la barahúnda se mezclen los detractores de Unamuno (numerosos en los últimos tiempos) y los que aún creían en él o al menos no le habían dado la espalda definitivamente al viejo maestro, condenado al ostracismo desde lo del Paraninfo, traidor a ojos de los republicanos y de los del bando nacional. No, no le sorprende, porque a pesar de sus contradicciones nadie le puede negar su descomunal talla intelectual. Contradicciones, sí, las que en 1931 le llevaron a apoyar la

República y en 1936 el levantamiento del Ejército, confiado en que en un caso y otro España remendaría los renglones equivocados con los que estaba escribiendo su historia, decepcionado posteriormente con ambos, horrorizado con los desmanes de ambos, particularmente ahora que los golpistas habían ejecutado a sus amigos Atilano Coco y Salvador Vila sin juicios ni zarandajas, fusilados con balas cargadas de odio irracional, como perros, en una cuneta y en un barranco respectivamente. Eso le había dicho Unamuno esa tarde antes de fallecer, y también más cosas, como por ejemplo lo paradójico que resultaba que tanto el gobierno republicano como el de Franco hubieran convertido su cargo de rector en una montaña rusa, cesado por los republicanos en julio, nombrado por los nacionales poco después y nuevamente cesado por ellos mismos en octubre, un mes éste en el que se inició la cuenta atrás de su inexorable declive. Fue entonces cuando le habló de un poema que escribió un 31 de diciembre de hacía exactamente treinta años...

No cesan las visitas en la casa de la calle Bordadores. Bartolomé Aragón no ha abandonado la vivienda en ningún momento, como si así cobrara fuerza su presunción de inocencia en la muerte del sabio. Ante el desfile incesante, saluda a unos y charla brevemente con otros, todos le preguntan cómo sucedió y su relato adquiere la repetitividad de un disco en un gramófono: "estábamos charlando cuando la vida se le esfumó, así, sin avisar". Él tampoco avisaba cuando con harta frecuencia se presentaba en casa de don Miguel. Llegaba sin más y preguntaba por él, convencido de que siempre lo encontraría, y el hábito se había convertido casi en necesidad, pero ¿necesidad de qué?

Han sonado las doce campanadas, se arranca la última hoja del almanaque, pero ni la muerte ni la guerra se prestan a celebraciones de nochevieja. Después del bullicio, la calma se impone paulatinamente y allí sigue el joven catedrático universitario Aragón, sin abandonar su puesto de guardia como corresponde a un falangista que se precie. Las brumas de la noche le invitan al recogimiento, a la reflexión y la remembranza, a zambullirse en la conversación que había mantenido con Unamuno esa misma tarde. "Le agradezco que no venga usted con la camisa azul de la Falange, como la última vez, aunque veo que trae el yugo y las flechas", le había dicho el maestro, pero él no deseaba hablar sobre ese tema, sino de otro, de la inteligencia, la que se cuestionó el 12 de octubre en el Paraninfo, y le entregó un ejemplar de la revista *Huelva La Provincia* que edita la Falange Española.

-No quiero esa revista de ustedes -le dijo Unamuno con cierta amargura-, porque ¿cómo se puede ir contra la inteligencia?

-Don Miguel, la Falange ha hecho un llamamiento a los trabajadores de la inteligencia.

-¿Cómo!

A Bartolomé Aragón no le extrañó esa reacción, el escepticismo del sabio, no después de lo del Paraninfo donde él mismo fue testigo de lo que aconteció, y su mente, mecida por el sopor nocturno, se abre hueco por la niebla hacia ese lugar emblemático de la Universidad de Salamanca, a otra fecha, al pasado 12 de octubre donde se celebró por primera vez el Día de la Raza en un ejercicio populista de exaltación nacional. En la sala se respiraba esa oleada hormonal de un país en guerra, las manos alzadas al frente, gritos patrióticos, profusión de camisas falangistas y

uniformes militares, la tensión propia de quien ve avanzar el reguero encendido hacia el barril de pólvora. Presidían el acto el mismo Miguel de Unamuno, como rector; Carmen Polo, esposa de Franco; el general Millán Astray y el obispo Enrique Plá. No se le veía cómodo a Unamuno, eso lo notó Aragón desde su posición de privilegio, los rasgos disgustados, la frecuencia con que comprimía los labios o desviaba la mirada al suelo, la percepción de una especie de allanamiento de morada o invasión. De vez en cuando el rector tomaba notas en un papel que sacó del bolsillo, como queriendo ordenar sus ideas y preparar una contraofensiva al discurso en defensa del fascismo que en ese momento pronunciaba el orador de turno, el profesor Francisco Maldonado, quien además lanzó un ataque demoledor contra vascos y catalanes a los que calificó como “cánceres en el cuerpo de la nación”. Y como guinda, un Millán Astray enardecido que gritó por tres veces “¡España!” para que los presentes acompañaran a coro, desgarrándose las gargantas, “¡Una!, ¡grande!, ¡libre!”. Unamuno estalló, no tanto por la ofensa que había recibido como vasco, sino (como le había confesado en alguna de sus visitas) porque aquella demostración de fuerza, de fanatismo y odio, de masa alienada e irracional que repite las consignas sin cuestionárselas, era el reflejo de la peligrosa deriva que estaba sufriendo el Alzamiento que en principio apoyó creyéndolo elemento necesario para la salvación de una España que amaba. Y también porque le parecía una ofensa contra la inteligencia, y eso, en un recinto universitario, le pareció sencillamente intolerable. Sí, estalló Unamuno, fue pompa de jabón que reventó y empapó a todos con el ímpetu de la palabra y la razón, y habló de guerra incivil,

de que vencer no es convencer porque el odio no deja lugar a la compasión, y Millán Astray escandalizado, a punto de que se le saliera su único ojo y ladrando el lema de la Legión “¡Viva la muerte!”, y también “¡Muera la intelectualidad traidora!”, pero Unamuno no calló, ya había dado el paso que podía abismarlo en un final incierto y trágico, cuando se pierde el miedo y sólo queda defender lo que uno verdaderamente cree, y argumentó que decir “viva la muerte” era tan absurdo como decir “muera la vida”, que Millán Astray encontraría alivio sembrando España de mutilados como lo era él mismo, manco y tuerto, y apostilló: “Éste es el templo de la inteligencia y yo soy su sumo sacerdote. Estáis profanando su sagrado recinto”. Si por intenciones fuera, a Miguel de Unamuno más de uno lo habría fulminado allí mismo, incluido el general franquista, pero pudo salir indemne porque paradójicamente fue la mujer de Franco quien le ofreció su brazo para que pudiera abandonar el recinto universitario, engullidos por una marea humana de rostros desfigurados que proferían proclamas e insultos contra el viejo rector. Allí, probablemente consciente de ello, firmó su finiquito.

Bartolomé Aragón, incómodamente sentado en una silla y sufriendo el latigazo de las horas nocturnas mientras vela el cuerpo del difunto, ha rememorado los acontecimientos del 12 de octubre casi con fidelidad cinematográfica, una secuencia de escenas en blanco y negro que se le quedaron tatuadas en las retinas y en las neuronas. El sabio anciano resolvió su conflicto entre la inteligencia y el poder que lo aupó de nuevo al cargo de rector a favor de la inteligencia, aunque eso le costara su puesto, aunque quedara condenado al rechazo

social y al confinamiento domiciliario. Y es ahora, con esa clarividencia con la que a veces nos obsequia el estado de duermevela, cuando el catedrático Aragón desentierra por fin la evidencia que ha latido en su subconsciente los últimos tres meses y que se ha resistido a reconocer, la que se mantenía oculta como los muros de una casa tras la hiedra: durante la celebración del Día de la Raza, Unamuno resolvió su conflicto, pero por contra se inició el suyo propio, una duda envuelta en espinas que le ha ido arañando con la parsimonia del goteo de las estalactitas. Él es un intelectual, pero también falangista, dos dimensiones de su persona que habían convivido sin roces hasta que el discurso de Unamuno las hizo incompatibles. Ése es su conflicto, ésa la razón de las continuas visitas a la casa de la calle Bordadores: buscar la redención, el beneplácito del maestro, ese hombre de aspecto grave que yace en un ataúd y de cuyos labios ya no podrá encontrar alivio.

Con la llegada del alba aumenta la vida en la casona, quizá un regalo del año que acaba de nacer. "Viva la vida", piensa Aragón mientras desentumece sus músculos y se acerca al féretro. En eso estaría de acuerdo don Miguel, aunque fuera para hacerle la puñeta a Millán Astray. Sonríe levemente, pero enseguida endurece el gesto observando el cuerpo inerte y cerúleo de su admirado sabio. Unamuno no ha querido seguir viviendo, está convencido de ello, e incluso piensa que ha programado su muerte, que ha permitido que la vida se le esfume a pedacitos, rumiando la tristeza a diario en un país devastado por los crímenes de sus hijos, donde se asesinan los "hunos" y los "hotros", y ha elegido morir un 31 de diciembre, el último día, como reflejó en ese poema que escribió en esa misma fecha treinta

años atrás y que le mostró cuando charlaban en la mesa camilla. Se titula *Es de noche en mi estudio* y describe cómo le alcanza la muerte en la soledad de su despacho. Dice cosas como:

Tal vez cuando muy pronto
vengan para anunciarme
que me espera la cena,
encuentren aquí un cuerpo pálido y frío,
la cosa que fui yo, éste que espera,
como esos libros silenciosos y yerto,
parada ya la sangre,
yelándose en las venas,
el pecho silencioso
bajo la dulce luz del blando aceite,
lámpara funeraria.

No solamente sabio, sino también clarividente y dueño de su destino, piensa Aragón.

Ha llegado el momento de trasladar al fallecido a la iglesia de La Purísima, donde se oficiará el entierro. Como un trasunto del conflicto bélico que arrasa el país y olvidando que casi todos abominaron del antiguo rector, surge una disputa entre falangistas y catedráticos sobre a quiénes les corresponde el honor de transportar el féretro. Bartolomé Aragón siente latir su conflicto interno. Le hace daño, es sangriento, purulento, inteligencia contra fanatismo. Son finalmente los falangistas, haciendo gala de su bravuconería, los que consiguen hacerse con él. Con ellos marcha un joven profesor que fue el último en ver con vida a don Miguel de Unamuno.